

un papel representativo.

Eso está empezando a ocurrir, por ejemplo, en Ciudad Real. La nueva expansión urbanística, al arrullo del nuevo hospital provincial donde se han ubicado los nuevos PAUs, es un buen ejemplo de esta periurbanización, de este traspaso fronterizo hacia territorios distintos. En esta tesitura, el espacio público se empobrece, se erosiona y por tanto corre riesgo de ir perdiendo importancia. Y lo que es peor, la relación entre ciudadano y lugar de encuentro común se va extirpando, derivando en una nueva donde no coinciden los que viven en una ciudad y los que la utilizan.

Esta clase de transformaciones están provocando una desarticulación del espacio público, una desmembración en toda regla de la identidad ciudadana. Algunos gobiernos municipales emplean actuaciones sustitutivas, como por ejemplo, avanzar hacia una musealización del centro para convertirlo en un foco de atracción turística. Hay una extirpación de lo común y un injerto a través de actuaciones efectistas; la construcción del nuevo auditorio municipal de Ciudad Real o la potenciación de los centros culturales (como el Don Quijote) como sustitutos de esta inanición que padecen los espacios públicos. Surge así una conciencia de urbanidad discriminatoria, la retirada defensiva hacia espacios neutros. Los nuevos espacios residenciales, diseñados con una tipología de fortaleza, en donde no hay cabida para las zonas verdes o de reunión, en donde su desconexión con el resto de la ciudad es lo que los caracterizan, se suman a ese desmenuzamiento del espacio público.

Cada vez cuesta más experimentar la pluralidad social que contienen las ciudades, una disminución de la vivencia que supone el encuentro espontáneo con el otro y por ende un encapsulamiento del ciudadano en su propia vivienda con lo que la cultura urbana pierde poco a poco su base social. Y cuando desaparecen los espacios de vida común, desaparecen también las formas de sociabilidad que reúnen los distintos componentes de una sociedad. Esta realidad disgregadora contrasta significativamente con los discursos trufados que pronuncian los

gobernantes municipales y donde ponen de relieve que ha llegado la hora del municipalismo. Si el estado de las autonomías ya se ha consolidado, el siguiente paso es el desarrollo cualitativo del municipio, tanto en competencias como en aplicación de la llamada participación pública. En un panorama tísico, donde falta espacio para lo público, es decir, la ciudad en tanto que se hace posible la vida en común en los parques, plazas, paseos o las zonas de espectáculos, ¿cómo cabe esperar que reaccione la ciudadanía?

La manera más práctica que he encontrado para fundamentar estas posibles reacciones se centra en diversas iniciativas, algunas apadrinadas por la administración local y otras surgidas por colectivos independientes, que se han materializado en la ciudad donde vivo, Puertollano. Leves atisbos que aunque no enmiendan en su totalidad ese riesgo de deslocalización del espacio público, al menos sí constituyen ejemplos de esta posibilidad: que sólo a través de la participación pública e hilvanándola con la responsabilidad social de las administraciones públicas, podemos mejorar el delicado estado de salud que atraviesa la ciudad. Aunque es importante distinguir que dentro del entramado "espacio público" tiene cabida tanto la transformación urbanística de la ciudad como de la propia ciudadanía. A continuación, desgrano algo "de lo que se está haciendo" para avanzar en esa tentativa de enriquecimiento:

**Presupuestos participativos:** el mejor exponente de qué se hace con el dinero público lo constituyen los presupuestos municipales, ese paquete de cuantías económicas que se destinan a distintos ámbitos y necesarias para aumentar el bienestar de la ciudad. Hace algunos años, la Concejalía de Participación Ciudadana lanzó el guante al movimiento vecinal y asociativo de Puertollano: "queremos contar con ustedes para confeccionar los presupuestos participativos". Ya les gustaría a los ciudadanos configurar la totalidad de las partidas presupuestarias, por lo que los presupuestos participativos funcionan a modo de apéndice para contrarrestar la escasa participación social. Se trata de una iniciativa muy consolidada en municipios catalanes, vascos y andaluces.